

OJOS AZULES... OJOS NEGROS

En la iglesia de la Magdalena, bajo el más bello sol de mayo que se puede soñar.

Las dos puertas de la iglesia, abiertas de par en par, dejan entrar a oleadas la luz fulgurante.

Desde lo alto de la escalera desciende hasta la plaza la larga alfombra roja, espesa y suave, bajo los pies de los recién casados, agolpándose la ola popular en los bordes, vigilada por el ojo plácido de los suizos, que se enardecen como dos lagartos soberbios recibiendo el fuerte sol meridiano.

Hoy hay boda de primera clase, y la preciosísima Blanca C*** (usted no la querrá mal) deja al instante el soberbio cuarto que sus padres poseen en la calle Duplot para ir a San Germán a esconder su dicha y su nido en medio de los cantos de los pájaros y de las rosas de mayo.

* * *

Los C*** no tienen más que una hija, por lo que la boda va a ser una ceremonia de príncipe.

En el estrecho espacio que separa el altar mayor del órgano apenas si la orquesta de las grandes solemnidades tiene sitio en qué poderse alojar.

El trompa, inflexible, defiende su silla de los vecinos, que, sin embargo, no pueden sentarse en los atriles.... Los dos contrabajos se baten en retirada ante la ola invasora de los chantres, se refugian a la sombra del arpa, tocada por una jovencita, y al cabo se derrumban, enormes y retumbantes, en los asientos de coro de la clerecía.

—Perdón, señor cura.... ¡usted dispense!

—¿Pero no tiene usted otro sitio?

—¡Ya lo ve usted!... ¡Si usted pudiera recular una miajita para que durante la misa tenga donde dejar el instrumento!

Los cantores se aprietan cuanto pueden detrás de la capilla, a la izquierda del organista, que con los brazos cruzados asiste impacible a esta lucha por el puesto.

Luégo pásase el papel cansado de las partituras, dan pez a los arcos, afinan los violones y acaban a escape este guiso prosaico del arte, al que no se debe asistir cuando se quiere gozar verdaderamente de él.

De repente estalla en el gran órgano la marcha nupcial de *Lohengrin*, y en medio de la iglesia, llena de flores, de luces, de sonrisas, la novia adolescente pasa, blanca como su nombre, entre una nube de encajes, con la cabeza inclinada bajo el velo como si no pudiera con el peso de su dicha.

* * *

Blanca, delicada y trémula, está de rodillas en su alto reclinatorio dorado.

Todo este estruendo, toda esta música, toda esta gente, todos estos bedeles, todos estos suizos, todo es por ella.... Los ángeles de mármol, que jamás había visto tan de cerca, le parecen imponentes con sus alas inmensas y su rostro del más allá....

Su dicha debe ser muy grande para que se le ofrezca semejante cuadro, y debe ser muy querida para que al ponerlo a sus pies la parezca que siente más ventura que la que experimenta realmente al recibirla. ¡Ah, sí!... ¡Es amada y muy amada!

«El,» desde luego, que muy tieso, embutido en su traje negro, no pudo decirle una palabra por la mañana; hasta tal punto encontraba impotente todo vocablo para traducir el estado de su alma.

Su padre, su viejo padre, que la había cogido hacía un instante su menuda mano, su mano, adornada con la sortija blanca y azul de los esponsales, poniéndosela

en la del joven, diciéndole su frase favorita de antiguo oficial de Marina: Adiós... y avante.

Su madre, su pobre y querida mamá, que, inclinándose ansiosamente hacia el porvenir, escudriñaba con angustia las amenazas y las esperanzas que escondiera.

Y todos esos parientes, esos amigos, esa turba gozosa y sonriente.... Sí.... ¡Por dondequiera que volviese la cabeza veía reflejada su propia dicha en el rostro de los demás.

* * *

De pronto se estremece.... Al levantar los ojos de su devocionario advierte, en el estrecho espacio en que está la música, una jovencita sentada delante del arpa, y que mientras toca la mira con los ojos extrañamente clavados en ella.

Es pequeña, y aunque su blusa oscura sea elegante y a la moda, se adivina en la pobre niña que toca para ganarse su pan, acaso el de los demás... Las alas de su sombrero caen tristemente como las de un pájaro enfermo; sus manos, demasiado blancas, demasiado delgadas, acompañan nerviosamente el Ave María tradicional.... Hay algo de desaliento, de amargura, casi de envidia, en toda su actitud.

Y las dos jóvenes se miran, encontrándose los ojos negros con los ojos azules....

* * *

Los ojos negros dicen:

¡Yo también tengo un cuerpo, un corazón como tú!
¡Yo también he llenado silenciosamente mi alma como un vaso precioso para perfumar la vida de los que Dios me ha ordenado querer aquí abajo!....

En ese Evangelio que el sacerdote te cita hay estas palabras: *¡Vae soli!* ¡Desgraciado del que es solo en este mundo! Yo lo soy. ¡Yo soy sola ahora, y sola siempre!

Y cuando dentro de un instante pases de brazos en brazos, y se agolpe la gente para verte a la puerta de la sacristía.... yo tenderé la mano para recibir los diez francos de mi trabajo.... ¡diez francos que no pagarán ni mi talento ni mi amargura de las comparaciones que tu felicidad acaba de despertar en mí!

Y los ojos azules responden:

Pequeña.... No te conozco, pero te considero como hermana, mi hermana en Cristo.... ¡Yo te comprendo y te amo!

Sí, a pesar del brillo duro de tus ojos quisiera poder coger tu mano y decirte: Hermanita, deja correr sin pena tus dedos por tu arpa, porque no es verdad que estés sola.... En medio de mi gozo yo he comprendido tu tristeza, y olvidando a todos los felices que se estrechan al rededor de mi dicha, he llegado hasta tu aislamiento y he rezado por tí y por cuantas yacen en el sufrimiento, con el corazón vacío y sin cesar de empapar sus labios con las amarguras de la vida....

* * *

Un coche de boda lleno de flores, de sol, de dicha, de amor....

La recién casada, con la mano en la de su marido, y oculta dentro del velo blanco, mira obstinadamente hacia la turba de gentes que sale despaciosa del templo.

De pronto se estremece.

—Luis, ¿llevas portamonedas?

—Ciertamente.

—Préstamelo un momento.

Lo abre y lanza un grito de alegría, comprobando que contiene lo que buscaba.

Coge entonces un billete de Banco, y sin fijarse en su valor lo arrolla a un tallo florecido de azahar. Luego llama a un *garçon d'honneur*.

—¿Ve usted aquella joven?

—¿Cuál?

—Aquella de blusa oscura...

—¡No la veo!

—¡Mírela.... atraviesa el bulevar!

—¿Una bajita ... con un sombrero de ala negra?

—¡Justo... que entra en un comedor Duval!

—¡Perfectamente! ¡Ya la veo!

—Pues corre a llevarla esto....

—¿De parte de quién?

—¡Ah, es verdad!.... Bueno, de parte de su «hermanita.»

PIERRE L'ERMITE

